

CAPITULO XXII

LA GUERRA LERDISTA.

1872-1876.

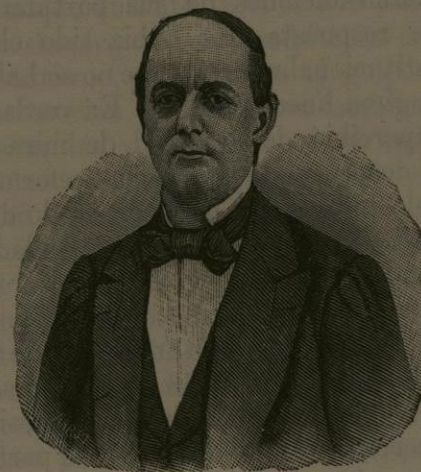
PECULIARIDADES DE SEBASTIAN LERDO DE TEJADA—SU POSICION Y PRETENSIONES—ACTITUD DEL CLERO—VICENTE RIVA PALACIO—DIAZ AL FRENTE—MAS REVOLUCIONES—BATALLA DE MATAMOROS—DIAZ DISFRAZADO—INTENTA ESCAPARSE DE UN BUQUE—ENCIERRO DESAGRADABLE—LIBRE AL FIN—JOSÉ MARÍA IGLESIAS—PUNTO DE REUNION EN HUAMANTLA—ANSIEDAD PROLONGADA—BATALLA DECISIVA—VICTORIA DE LOS PORFIRISTAS.

Sebastian Lerdo de Tejada tomó posesion de su puesto con todo el brillo que le habian grangeado su conducta recomendable durante la interinidad, y sus antecedentes de ministro hábil, juntamente con la fama que reflejaba de su hermano Miguel. Sebastian se sintió inclinado en sus primeros años á adoptar la carrera eclesiástica; pero habiéndose fijado en la de abogado se volvió un acérrimo opositor de aquella. Su vacilacion no era debida á debilidad de carácter que un observador casual pudiese apereibir en la suave modestia y llena generosidad de sus facciones finas y maneras del hombre de letras. Su franqueza servia de máscara á una presumida fuerza de voluntad ruda y egoista, á una seguridad calmosa y dogmática indicada en el cuerpo firmemente constituido, y sobrepuesto por una cabeza bien colocada, siendo todo su porte el de un hombre que tiene confianza en sí mismo, y nacido para el fin expreso de dominar á los demás. Parecia que se deleitaba en crear posiciones equívocas á sus amigos y partidarios, formando en derredor de sus propósitos una neblina de duda é incertidumbre. Su

(492)

reputacion de hombre estudioso y de grandes conocimientos como jurisconsulto, lo habia elevado á la corte suprema, y ahora á los 48 años de edad ocupaba el puesto mas encumbrado de la república.

En su discurso de inauguracion habia seguido posponiendo la tan deseada reforma de los abusos, y las



LERDO DE TEJADA.

medidas enérgicas con promesas vagas, y compartió hasta cierto grado el aplauso con que fueron recibidas las enmiendas constitucionales del congreso de 1873. Por estas la iglesia y el estado quedaron independientes entre sí; se proclamó la tolerancia religiosa, declarándose al mismo tiempo contrato civil al matrimonio; se prohibió á las corporaciones religiosas poseer bienes raíces ó hipotecas; fué suprimido el juramento religioso, y se prohibió el trabajo forzado. Esta última disposicion habia sido dictada con frecuencia ántes, solo para que la evadiesen y se necesitaba tiempo para darle vigor. Las enmiendas quedaron incorporadas en el decreto de 25 de Setiembre. El siguiente año se creó el senado, debiendo comenzar sus funciones en Setiembre de 1875.

Considerando ya innecesario el pretender por mas

tiempo, Lerdo se entregó con ciega confianza á creer ya afirmada su posición, y teniendo una idea muy elevada de su poder y talento se propuso gobernar á su antojo. Continuó favoreciendo á los juaristas, y calmando á los neutrales sin lograr que quedasen satisfechos estos últimos, ó que desapareciesen las sospechas que abrigaban.

Á las amonestaciones de sus partidarios daba la exasperante respuesta que habia sido electo por el pueblo constitucionalmente, y que no se habia obligado á seguir ninguna línea política. En verdad, la nación pronto se apercibió de igualdad de miras respecto á ella, por su desprecio de las muchas reformas administrativas y electorales que habia esperado de él.

Á los porfiristas les manifestó hostilidad descubierta; y agriándose ellos á su vez, empezaron á causar perturbaciones. Un número considerable de ellos se unieron con Lozada, el jefe turbulento de la sierra de Tepic, quien en Enero de 1873 bajó á Jalisco, Sinaloa, y Zacatecas. Fué derrotado por Corona, sin embargo, perdiendo terreno tambien entre sus partidarios por sus actos inconsiderados. Los excesos y la falta de organización ayudaron á completar su derrota, y en Julio fué hecho prisionero y acabó su vida en un patíbulo. La conversión de Tepic en distrito militar sujeto directamente al gobierno federal, causó descontento en Jalisco á cuyo estado pertenecía aquel cantón; y la sospecha de que habia intención de invadir los derechos de los estados fué cundiéndose en los estados. Yucatan, Coahuila, y otras partes fueron sujetos á una intervención arbitraria. Con el pretexto de sofocar varios pronunciamientos el ejecutivo pidió y obtuvo facultades extraordinarias, hasta que su peculiar modo de proceder hizo levantar el grito de que las revoluciones eran promovidas por el gobierno mismo para retener esas facultades, y con el objeto de mezclarse en los asuntos locales de los estados, hasta el grado de poner á sus secuaces de gobernadores.

Sin embargo, habia necesidad de rigidez, ménos por los agitadores porfiristas, que por causa de las maquinaciones del clero, desesperado con motivo de las últimas enmiendas constitucionales. Ayudados por las excomuniones lanzadas desde el vaticano, trabajaban por que los indios ignorantes hiciesen protestas á mano armada. Lo lograron en varias partes, especialmente en Michoacan que durante 1874 estuvo todo revuelto. Los jesuitas desplegaron marcado celo en atizar el fuego del fanatismo, y recibieron el golpe de la consiguiente persecución, que envolvió tambien á las hermanas de la caridad y á las monjas que habian empezado á formar nuevas congregaciones. Las clases bajas parecían exaltarse por las medidas contra estas órdenes veneradas, mas que por la guerra á la iglesia; y realmente la debilidad de la defensa que se hizo en favor de esta dió á conocer de una manera muy palpable, cuanto habia declinado su poder. Los misioneros protestantes no anduvieron remisos en aprovecharse de la tolerancia proclamada y ganaron considerable terreno á pesar de la cruzada contra ellos.

Un resultado del desorden general fué el aumento alarmante de los robos en despoblado y de los asesinatos, contra los cuales eran ineficaces casi todas las medidas restrictivas. Los estados del norte se hallaban tan expuestos como siempre á las incursiones de los salvajes; sin embargo, el gobierno les retiró la subvención que hasta entónces se les habia asignado, á pesar de sus súplicas, y del consiguiente desagrado. La nueva ley opresora del timbre ocasionó mucho descontento, y la tarifa especial de ferrocarril que favorecía á la compañía inglesa que disponía de la línea de Veracruz, le acarreó enérgicas censuras al gobierno.

En 1874, Lerdo empezó á revelar designios ambiciosos para un segundo período, influyendo en las elecciones en favor de sus partidarios, y por medio de un decreto de Mayo 18, en que se declaraba que á los colegios electorales únicamente les competía decidir del resultado de los votos, con lo que se privó á la suprema

corte de la prerogativa de intervenir y deshacer sus intrigas. Iglesias, presidente de la corte, renunció, protestando contra ese decreto como una invasion de los derechos constitucionales del tribunal, y que al mismo tiempo estorbaba sus propias esperanzas ambiciosas de la posible sucesion. Temiendo que el asunto se ventilase mas de lo conveniente, Lerdo persuadió á Iglesias que conservase su puesto, pero él no retiró la protesta.

Aunque el segundo congreso de 1873 ya revelaba una creciente oposicion, el ministerio logró volver á la mesa el voto contra un tercer período presidencial consecutivo, y obtener que fuesen desechados los cargos que por violacion de la constitucion hizo contra Lerdo de Tejada el general Vicente Riva Palacio, quien, habiendo sido estrechado por la malevolencia á renunciar su puesto en el ejército, se vengaba en las columnas de un diario que estaba bajo su direccion.

Alentado así por su influencia en el congreso, Lerdo se encaprichó mas, con gran disgusto de todos los partidos. Debía estar absolutamente ciego para no ver las nubes del descontento popular, y acrecentó el negro volúmen persiguiendo con mas rencor á los hombres contra quienes abrigaba sospechas como los generales Gonzalez, Chacon, y Mirafuentes.

El mismo general Diaz no se vió exento, aunque su prominencia le evitaba cualquier ataque descubierto. Previendo la tormenta que se aproximaba, Diaz vendió sus propiedades por la mitad de su valor é instaló su familia en la capital. En seguida se preparó para un pronunciamiento en Oajaca que serviría de centro á los movimientos del sur, sobre los cuales descansaban mayormente sus esperanzas de éxito; y para distraer la atencion de ese lado, así como para fomentar los levantamientos respectivos por otras partes, salió para la frontera del norte, tomando pasaje con su firme partidario Gonzalez á bordo del Corsica que salió de Veracruz para los Estados Unidos el 5 de Diciembre de 1875.

Poco tiempo despues de la partida de Diaz, la revo-

lucion se declaró en Oajaca encabezada por el general Hernandez, quien se pronunció en Tuxtepec contra el gobierno y marchó sobre la capital del estado con 2,000 indios mal armados. Fácilmente se posesionó de ella el 27 de Enero, y la mayor parte de las tropas se apresuraron á unirse á un movimiento inaugurado bajo los auspicios de un jefe de tanta fama como Diaz. Este fué proclamado una vez mas general en jefe del ejército regenerador, como en 1871, y Hernandez tomó á su cargo la gobernacion del estado.

La llama cundió rápidamente en varios estados, y hácia fines de Marzo los mas de ellos habian manifestado su descontento, dirigiendo el movimiento Couttolenne en Guerrero, Canto en Yucatan, el coronel García en Veracruz, capturando al gobernador; en Puebla los antiguos compañeros de su jefe, Mendez, Bonilla, y Carrillo; en Jalisco, Guerra y Galvan; y en Nuevo Leon, Treviño y Naranjo que se unieron á Diaz poco despues que pasó el Rio Grande del Norte el 22 de Marzo, con Gonzalez y 40 agregados, habiendo él ya desde Brownsville tendido los planes y dirigido los movimientos. El 31 el general expidió en Palo Blanco una reforma del plan proclamado en Tuxtepec por el conducto de Hernandez. Se hizo ver que el gobierno habia violado la constitucion y las leyes de varias maneras; nulificando en beneficio propio el sufragio libre á tal grado, que llegó á hacerlo una farsa, imponiendo por la fuerza al pueblo candidatos oficiales con exclusion de otros; usurpando la autoridad y las prerogativas de las municipalidades y de los estados, pues habia trasformado á aquellas en meros dependientes del poder en Méjico, y á estos los habia gradualmente despojado de su soberanía, en parte volviendo á colocar gobernadores subordinados de la administracion suprema como en Coahuila, Querétaro, Oajaca, y Yucatan; habiendo sido además Jalisco debilitado, y puesto en jaque con la segregacion militar de Tepic. El senado habia sido creado para promover planes centralizadores; la administracion de

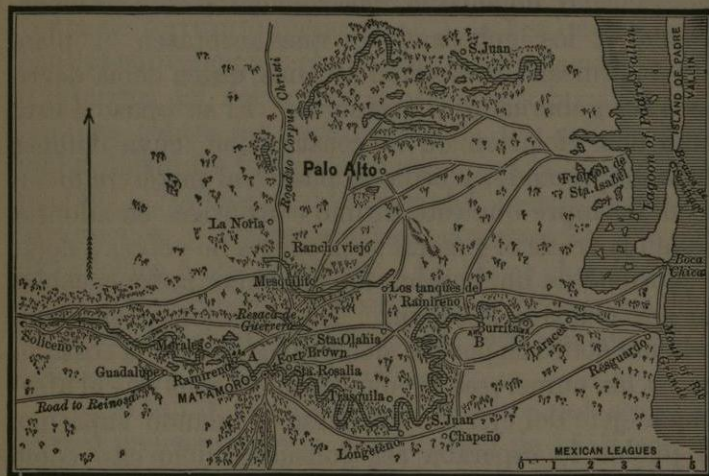
justicia estaba mal dirigida. La ley del timbre era una extorsion. Los intereses agrícolas y mercantiles languidecian bajo las medidas opresoras, tales como las concesiones exorbitantes y exclusivas y tarifa concedidas á la compañía inglesa, que tenia la direccion del ferrocarril de Veracruz. Se habia arreglado por el gobierno reconocer la deuda inglesa en consideracion á valiosos sobornos, induciendo á los Estados Unidos á pagarla, operacion que debia acarrear virtualmente la venta de territorio mejicano. Á la vez que se retiraban las subvenciones que tanto necesitaban los estados fronterizos del norte para proteger sus hogares y sus familias contra las incursiones de los salvajes, y se malgastaban los fondos asignados para la educacion del pueblo, el gobierno despilfarraba fuertes sumas en diversiones, y creaba empleos innecesarios solo para dar sueldos á sus favoritos. El haber asumido facultades extraordinarias y la suspension de garantías individuales impedian la aplicacion de todo remedio á estos abusos, á no ser el de las armas.

Por lo tanto, se proclamó á nombre del agraviado pueblo mejicano que la constitucion de 1857, con sus adiciones y reformas de Setiembre de 1873 y Diciembre de 1874, debia observarse junto con una nueva ley que prohibiese la reeleccion de presidentes y gobernadores. No se reconocia ya mas como autoridad á Lerdo de Tejada, ni á empleado alguno de los suyos ó de los electos en Julio de 1875. Todos los gobernadores que adoptasen este plan serian reconocidos, los que no, serian reemplazados por nombramiento del comandante en jefe. Las elecciones de las autoridades supremas tendrían lugar dos meses despues de la ocupacion de la capital, de acuerdo con las leyes electorales de Febrero de 1857 y Diciembre de 1872. El congreso debia reunirse un mes mas tarde y ocuparse de la instalacion inmediata del presidente y la suprema corte de justicia. Entretanto, el poder ejecutivo, en su parte administrativa solamente, se depositaría en el presidente de la suprema corte si aceptaba el

presente plan; y de no ser así, en el comandante en jefe. La primera consideracion del 8° congreso debia ser la ley de no-reeleccion, la independenciam de las municipalidades, y la organizacion política del distrito federal y del territorio de la Baja California.

En el plan de Tuxtepec los autores en su celo habian omitido toda alusion al presidente de la suprema corte, á quien la constitucion designaba en la sucesion del ejecutivo, dejando la eleccion del presidente provisional á los gobernadores que aceptasen el plan. Esto significaba la eleccion de Diaz, quien debia derribar á los gobernadores enemigos. Él se opuso á esto como una violacion de la constitucion, cuya defensa habia emprendido, y cedió el puesto al magistrado superior, siempre que este último consintiese en adoptar el plan; porque el general se proponia no volver á dejar al capricho de un hombre las reformas indispensables por que clamaba la nacion. La concesion refleja grande honor sobre él, porque siempre habia sido la costumbre en las numerosas revoluciones del país que el afortunado jefe del ejército asumiese el mando supremo. El pueblo lo esperaba así, considerándolo casi como necesario que el jefe del partido reformista tuviera en sus manos los asuntos públicos hasta que la nacion pudiera decidir sobre ese punto. Y téngase entendido que esta autoridad daba al poseedor la influencia para inclinar la eleccion en su favor, así como la fuerza para apoyarla si así se sentia dispuesto, como lo revelan las páginas de la historia. Pocos hombres en Méjico hubieran resistido la tentacion y hecho un sacrificio tan grande en pro de la ley, especialmente despues de haber estado por dos veces tan cerca del objeto mas elevado de la ambicion política como le habia sucedido á Diaz. Esta abnegacion por sí misma merecia el logro de ese honor. Otro artículo en que se declaraba ser confiscables las propiedades de los partidarios activos de Lerdo, para cubrir los gastos de guerra y perjuicios ocasionados, fué desechado porque podría dar lugar á injusticias y vejámenes.

Los cuarenta que seguían al general Díaz pronto se aumentaron á 400 y mas, y con estos marchó contra Matamoras, llave del nordeste. Lo corto de esa fuerza que todavía estaba por organizar, animó á la guarnición de caballería á efectuar una salida. Era el aniversario de la captura de Puebla, el 2 de Abril. El antiguo ardor revolucionario se hizo sentir en el



MATAMOROS Y ALREDEDORES.

general, quien encabezó el contra-ataque con tanto vigor que hizo retroceder á la columna enemiga huyendo hácia las puertas de la ciudad. Los vencedores la siguieron muy de cerca apoderándose del puente levadizo ántes de que pudieran levantarlo, pero su progreso fué contenido por la aglomeracion, en las calles angostas, de los fugitivos que huían hácia la plaza. La dilacion dió tiempo al sorprendido y desesperado comandante para buscar la salvacion al otro lado del rio en tierra de los Estados Unidos, visto lo cual se rindió la caballería. La infantería se sostuvo por un rato en la fortaleza, y despues siguió el ejemplo de los otros. Varios oficiales cruzaron desde Tejas á dar sus felicitaciones por el éxito admirable de un jefe que pocos dias ántes no tenia ni un solo soldado, y que

ahora exhibía el trofeo de 700 prisioneros con diez y ocho piezas de artillería.

El gobierno había recibido oportuno aviso de lo que se estaba preparando en Brownsville, y despachó á Escobedo con 6,000 hombres para detener la corriente que se venía encima. Aunque se le habían agregado Treviño y Naranjo, la fuerza de Díaz era del todo desproporcionada en número y organizacion á la columna que se acercaba, especialmente por no ser prudente fiarse de los prisioneros de Matamoras incorporándolos en las filas. Se resolvió pues abandonar á Matamoras, mejor que perder tiempo en este rincón distante, y marchar al interior á engrosar allí las filas. Gonzalez se encargó de escoltar la artillería con la infantería por la Huasteca á Puebla, mientras el general llevaba la caballería por el camino á Monterey.

No había pasado Díaz de Icamole cuando se encontró con una fuerza superior de todas armas al mando del general Fuero. Se dió desde luego una carga con la que quedaron cortados 200 hombres y una parte del tren, pero la fuerte posición tomada entre tanto por Fuero protegida por sus baterías, convenció á Díaz de que nada podía efectuarse contra él con un cuerpo inferior de caballería.

Las probabilidades de organizar un ejército fuerte en el vasto y despoblado norte, prometía menos á la vista de las tropas que el gobierno amontonaba, y llegando noticias de grandes levantamientos en el sur, se pensó que el general alcanzaría mas ventajas, dirigiendo las operaciones en esa parte. De acuerdo con esto dejó á Treviño y á Naranjo que continuaran avanzando, mientras él volvía á Nueva Orleans, para de allí efectuar un viaje mas rápido por mar. Disfrazado de médico cubano con barba cerrada y anteojos de color, y con el nombre de Doctor Torres, Díaz tomó pasaje en el vapor City of Havana. Varias personas á bordo le eran conocidas, pero nadie sospechó que él estuviese allí, y todo marchó bien hasta llegar á Tampico. Aquí se embarcó para Veracruz un cuerpo de

tropa, que resultó ser parte de los prisioneros capturados en Matalnoros. Aquí, á la vista tan próxima de gentes con quienes estuvo hacia tan corto tiempo, ya no pudo Diaz tener esperanza de pasar desconocido. Así fué en efecto: al siguiente dia notó que no solo se tenían fuertes sospechas, sino que estaban haciendo los oficiales preparativos para aprehenderle; este fué el mejor recurso que se les ocurrió para cubrir su última torpeza ante el airado ministerio de la guerra.

Era pues de suma importancia deshacerse de tan peligrosos compañeros. El vapor estaba fondeado lejos de tierra, afuera de la barra del rio; pero él era buen nadador, y si tenía la fortuna de ganar la tierra sin ser presa de los tiburones, las probabilidades de poder llegar á la amigable Huasteca serían bastante buenas. Estos riesgos le parecían menores que el que correría permaneciendo á bordo. Y así al oscurecer, se deslizó por un costado del vapor, y trató de ganar la playa. Pero sus enemigos lo habían estado espionando. Dióse el grito de "Hombre al agua!" y muy pronto llegó á sus oídos el ruido de los remos. En vista de la larga distancia que debía vencer había nadado con mesura y lentitud; mas ahora hizo un esfuerzo desesperado. Pero todo fué en vano, pues lo alcanzó el bote y lo subieron á él casi sin sentido.

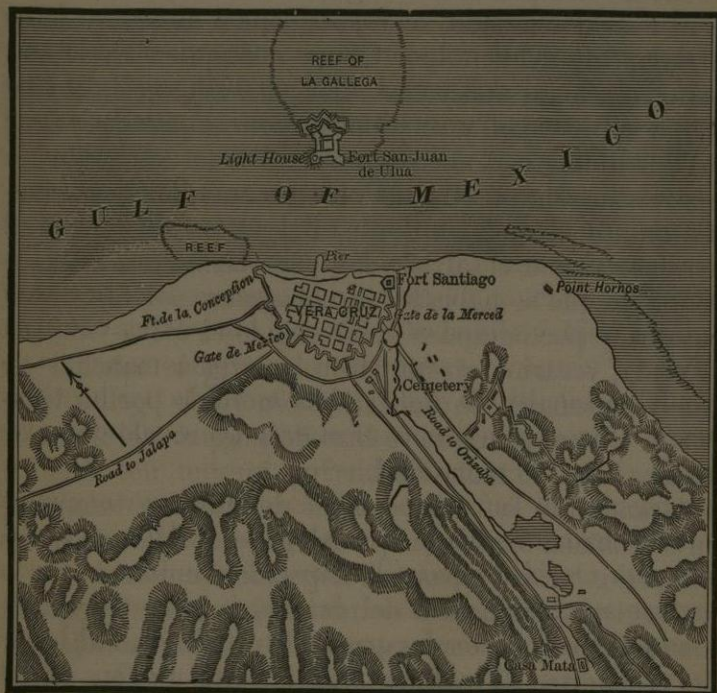
Al poner pié otra vez sobre la cubierta, ya por supuesto sin el disfraz, varios de los oficiales contrarios subieron á identificar su persona y hacerle poner preso. Diaz había tenido tiempo de considerar la situación. Hizo llamar al capitán y le pidió la protección de la bandera de los Estados Unidos. Además, no era cubano él? El capitán hizo retirar á los oficiales, y le dió la seguridad de que estaba enteramente libre, al ménos hasta llegar á Veracruz. Las tropas del gobierno, sin embargo, eran numerosas y pudieran fácilmente apoderarse del vapor, y quizá reclamarlo como desertor de sus filas, ó por algun otro medio consumir el hecho de su captura. Por lo cual se le sugi-

rió que aceptara la oferta de ser recibido á bordo de un buque de guerra de los Estados Unidos, que estaba fondeado cerca y próximo á volver á uno de sus puertos. Como esto demoraría la ejecución de sus planes, prefirió hacerle frente á la situación y estarse en espera de alguna coyuntura. Esta vino haciéndose ménos probable, pues notó que bajo de algun pretexto frívolo le habían puesto una guardia cerca de su camarote.

Siendo tempestuosa la siguiente noche, y viendo al centinela descuidado, se escurrió para afuera, y fué al camarote del contador Coney con quien había trabado relaciones amistosas. En el camino echó mano de un salva-vidas, y se propuso con su ayuda buscar la tierra una vez mas, tan luego como el buque se aproximase mas á ella. Pero el contador lo persuadió que se escondiera dentro del hueco de su sofá, y arrojase al mar el salva-vidas, para dar color a la suposición de que se había botado al agua realmente. Así se hizo, y poco despues fué recogido el salva-vidas en la costa, y varios atestiguaron que tenía manchas de sangre y señales de haber sido mordido por un tiburón. Un exámen que se hizo despues reveló que esas señales eran de moño de hierro.

Grande fué la conmoción al descubrirse temprano en la mañana siguiente que el general Diaz se había escapado. Las tropas y la tripulación unidas hicieron un registro minucioso del buque, y muy frecuentemente estuvieron en desagradable proximidad al lugar del escondite. Finalmente se levantó un acta oficial respecto á la desaparición, haciéndose constar la creencia de que el general se había ahogado. Por una semana permaneció en su reducido lugar, torturado, especialmente por la noche, con la presencia de los oficiales mejicanos, que se habían acostumbrado á reunirse en el cuarto del contador bebiendo y jugando hasta la madrugada. Coney no se atrevía á interrumpir ese pasatiempo, que le parecía además conveniente para alejar toda sospecha de su camarote.

El comandante en Vera Cruz resolvió prevenirse contra cualquier accidente manteniendo constantemente tres botes armados al rededor del vapor. Diaz á pesar de eso logró ponerse en inteligencia con sus amigos, y se dieron pasos para promover su evasión. Despues que las tropas desembarcaron consiguió un traje de marinero de los que usan los de la bahía, y se unió á un grupo de trabajadores en una barca que iba á salir para el muelle. Viendo allí mucha gente



PLAN DE VERACRUZ Y ULÚA.

reunida ocultóse debajo de la cubierta hasta que se le presentara un momento favorable.

Un hombre con dos caballos le esperaba no muy léjos, y con estos llegó á Boca del Rio, distante cosa de cuatro leguas. Mientras desmontaba para arreglar la continuacion del viaje, un destacamento de tropas entraba al lugar, y al salir del meson se tropezó

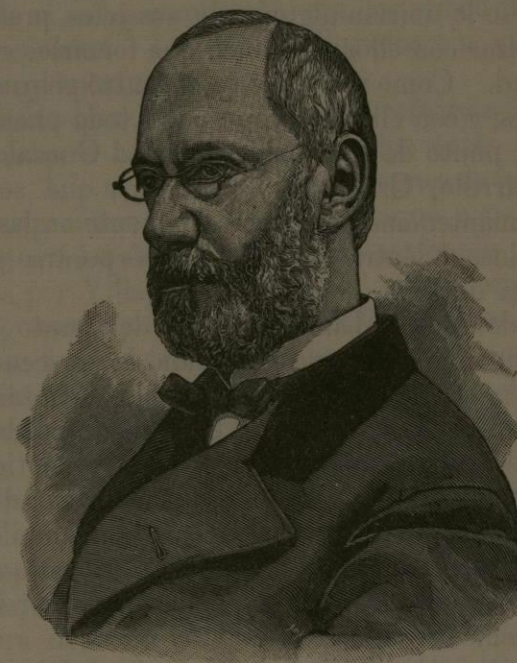
con el coronel Escobar á quien conocia muy bien. Instintivamente se llevó la mano á la cara, al volver el coronel la vista hácia él. Á no haber sido por esto ese jefe no habría dejado, cuando ménos, de notar una semejanza que le hubiera inspirado sospechas. Así como así, solamente vió un hombre vestido de marinero, y siguió su camino. El hombre con los caballos huyó asustado, y Diaz se dirigió al rio y él mismo remó en la embarcacion para pasar al otro lado. Despues de una noche espantosa que pasó acostado en el suelo húmedo, expuesto á la lluvia, consiguió un caballo, y se apresuró á llegar á la hacienda de su amigo Lara. Conociendo bien el terreno, hizo un corte para salvar el rodeo por el camino real. Esto fué providencial, porque los soldados lerdistas habian ocupado el lugar, y al acercarse por detrás de la casa, el brillo de las armas y los uniformes lo hicieron precaverse, y arrimándose á la arboleda que cubria aquel lado, se retiró precipitadamente. El siguiente dia ya estaba en el campo del general Vela que era partidario suyo. El general llegó en momentos nada propicios. Era á principios de Junio. El gobierno habia hecho todos los esfuerzos posibles para sofocar la revolucion, valiéndose de la ley marcial en muchos puntos, y logrando buen éxito en varios estados, notablemente en el de Michoacan. En el sur Alatorre, el hábil teniente de Diaz en su campaña de 1867, habia arrollado casi todo lo que se le puso por delante. Despues del encuentro sanguinario de Jazmin en Febrero, en el cual las fuerzas contrarias perdieron, segun se dice, 1,500 hombres, ganó una importante batalla cerca de Yanhuitlan y derrotó en encuentros posteriores á las columnas de Hernandez, Teran, y Couttolenne. El general en jefe trató de contrarestar la desanimacion consiguiente, anunciando su llegada á encargarse de la campaña, mandando agentes á sostener el movimiento en otros puntos, y preparando armamento para la marcha que se proponia hacer al centro del país. Luego pasó á las montañas y llamó á sus antiguos

soldados á alistarse bajo su victorioso estandarte. El llamamiento dió por resultado unírsele mas de 2,000 hombres provistos de sus propias armas de fuego. Continuó hasta fines de Setiembre trabajando en disciplinar su gente, preparar municiones, y reunir fondos, y al siguiente mes salió de Oajaca á la cabeza de 4,000 hombres con 14 obuses rayados.

Estos preparativos los habia estado haciendo sin ser comparativamente inquietado, merced á la actividad de los porfiristas en varios estados, á impulsos de los agentes de Diaz, que distraian la atencion de los generales lerdistas, y al llamamiento que se habia hecho á estos para apoyar las maquinaciones que se seguian practicando con el fin de reelegir al presidente. Esto se hizo tan á las claras que una gran parte de los votantes se abstuvieron de acercarse á las urnas. Para mejor promover sus miras, Lerdo efectuó un cambio de gabinete, con lo que logró que una comision electoral favorable en Octubre 26 le declarase el candidato favorecido por el sufragio popular. Anticipando este resultado el jefe de la suprema corte, Iglesias, salió de la capital para Guanajuato, en cuyo poderoso gobernador y legislatura halló sostenedores para reclamar la presidencia provisional hasta que pudiesen efectuarse las elecciones legales. En un manifiesto formal desde Salamanca declaró que la última eleccion habia sido fraudulenta, y llamó á la nacion á rodearle en defensa de sus derechos; sin embargo, dejó de recusar á los empleados electos por los mismos medios viciosos, y de definir el término de la nueva eleccion, quedando expuesto á la imputacion, por mas infundada que fuese, de que contaba con ciertos elementos corrompidos, y aspiraba á una prolongada dictadura. Formó su gabinete y un plan administrativo, y con las fuerzas reunidas por sus adictos, tales como los generales Rocha y Berriozábal, hizo su entrada triunfal en Guanajuato como presidente.

Mucha parte de esa fuerza era debida naturalmente al plan de Diaz en Palo Blanco, que reconocia su de-

recho á la administracion provisional. En las negociaciones que se iniciaron entre los dos Diaz le prometió su apoyo, pero insistiendo naturalmente en su aceptacion de ese plan, y en que su ministerio saliera de las filas revolucionarias, como garantía de la observancia de sus compromisos; aunque al fin accedió á que la mitad del ministerio fuese de partidarios de Iglesias. Esto tal vez lo consideró este último como señal de debilidad. Lo cierto es que se hizo mas exi-



JOSÉ MARÍA IGLESIAS.

gente, y contando con un arreglo probable con ciertos generales lerdistas, declaró serle imposible aceptar ningun plan revolucionario.

Por ese tiempo Alatorre habia pasado de Puebla á Oajaca á tomar pasos mas activos; pero al acercarse Diaz se retiró mas allá de Teotitlan á Tehuacan y hacía Puebla, no atreviéndose á hacer frente á un jefe cuyo prestigio habia ido en aumento, desde que militó

á sus órdenes en la campaña imperialista. La demora en Oajaca y las fatigas de la actual marcha habian puesto á una prueba severa la paciencia de las tropas de Diaz, agregándose á eso otras razones que hicieron á la mayor parte de los indios caprichosos negarse á salir de los límites de su territorio para que los llevaran tal vez á largas campañas. Sus compromisos con el general Diaz no habian sido de tal suerte que los obligase á continuar á su servicio; y en vista de la precaucion de sus contrarios y de las probabilidades de que se le unirían algunos de sus jefes, prefirió con-temporizar con ellos, mas bien que forzarlos contra su voluntad. Como resultado se encontró solo con 1,300 hombres, y con ellos se propuso ir á toda prisa á Huamantla, punto de reunion designado á Gonzalez, Mendez, Carrillo, Cravioto, y Figueroa, que se habian estado manteniendo algo precariamente en las montañas vecinas, mientras llegaban á incorporarse para una campaña decisiva.

Sabedor del desbandamiento y del punto objetivo de su enemigo, Alatorre emprendió la persecucion con una columna reforzada y formidable, alcanzándole en Tecuac el 15 de Noviembre. Estorbado por la artillería y los malos caminos, Diaz apenas tuvo tiempo de ocupar una pequeña elevacion, mientras su adversario formaba sobre una altura adyacente confiando de antemano en que triunfaría el siguiente dia, porque 3,000 hombres mas de tropa le seguian para hacer la victoria doblemente segura.

Grande fué la ansiedad del general Diaz, porque ninguno de sus aliados habia llegado. No podia continuar su marcha, por el peligro casi seguro de perder su artillería y de que se le desbandara en fuga su pequeña fuerza. No le quedaba mas remedio que fortificar su posicion y esperar el resultado. La noche se pasó en preparativos de defensa. Con toda la confianza que tenian en su jefe, quien tantas veces los habia sacado de graves apuros con su valor y pericia, las tropas no podian ménos de desesperar del éxito, y

habiendo pasado la media noche sin recibir noticias favorables, se aumentó el pavor con los sombras que se hacian mas profundas. Entónces pasaron los oficiales recomendando silencio, y al estar aun pensando los soldados lo que sería, se esparció el murmullo de que Mendez con otros dos generales se acercaban; pero Gonzalez con la columna principal estaba todavía ausente, y la fuerza era tanto menor que la del enemigo, que no permitia hacer demostraciones agresivas, especialmente cuando la de aquél consistia de veteranos, si se les comparaba con los recién incorporados porfiristas. Los recién llegados sin embargo venian muy oportunamente.

Ignorando que hubiesen llegado refuerzos al enemigo, Alatorre resolvió dar un golpe ántes de que viniesen. Á la siguiente mañana, despues de un fuego de cañon preliminar, ordenó un ataque con fuerzas imponentes á las órdenes de Yepes, sostenido por ámbos lados por Villagrana y Topete, como para barrer de un golpe los supuestos 1,000 hombres. Diaz reservó su fuego hasta que se aproximaran, y entónces de las baterías y los mosquetes lanzó una descarga destructora que hizo girar á las filas del frente, pero solo por un momento. Avanzan siempre impelidos por su propio peso, lanzándose para arriba de la altura. El estallido de otra descarga, una bocanada de aire abrasador en medio del fuego graneado de la fusilería contraria, sirve solo para desviar el curso del torrente que ahora deja ver el brillo de sus bayonetas. La desviacion probablemente es intencional contra las mas débiles líneas de la derecha, porque la columna mas fuerte se arroja sobre ellas. El choque fué terrible, tanto por la extension como por el empuje de las fuerzas que dieron el ataque.

El ala cede. Si se rompe, es perdida la jornada, porque entónces se hacen firmes los enemigos para rechazar el centro que hasta allí se mantiene impávido ante el ataque. Diaz habia previsto el peligro en el punto amenazado y viene una reserva á tiempo para

sostenerlo. Entónces con un grito de animacion las fuerzas combinadas se vuelven sobre el enemigo y lo lanzan por la ladera abajo en desórden. El centro sigue la ventaja, y las columnas de ataque se retiran.

El gozo de Alatorre se cambia en sorpresa. Estando evidentemente mas fuerte el adversario de lo que se esperaba, decidió no arriesgarse á ser rechazado otra vez, sino esperar el refuerzo de los 3,000 hombres, que no podian estar léjos. Con su ayuda los puntos débiles que ya se le habian revelado serían tomados. Entretanto, abrió un fuego de cañon para distraer la atencion del enemigo, y en parte para cubrir sus propios movimientos y mejorar su posicion.

Sabiendo por los prisioneros de los refuerzos que esperaban, renovóse la ansiedad de Diaz. El sabia tan bien como el mismo Alatorre que otro asalto con mayores números apenas podria fallar; sin embargo, no estaba en su mano adoptar mayores precauciones, por no ser fácil cambiar la situacion relativa. Afortunadamente, su gente ignoraba el peligro, y alentada por la satisfaccion de haber rechazado á los lerdistas, manifestaba confianza. Esta impresion se le mantenía viva, asegurándole de la aproximacion de Gonzalez, á la que seguiría un triunfo seguro—palabras que llegaban en tono burlesco á los oídos de los que adivinaban la verdad.

Por varias horas ruge el estruendo de la artillería envolviendo al campo en nubes rizadas, de entre las cuales el fuego se deja ver en forma de relámpagos, ó se lanza en lenguas candentes de llamas seguido de ecos retumbantes.

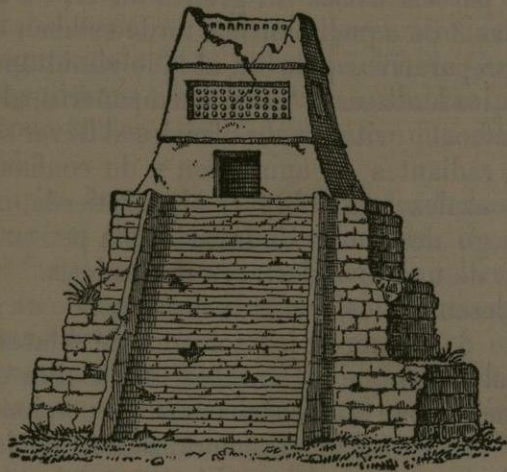
Ya son mas de las dos. Una ligera corriente rodea á la cadena de cerros, levantando el velo de humo por el oeste, y revelando á los combatientes que están en observacion un cuerpo oscuro moviéndose al través del paso, marcado por el brillo de las armas. Mis refuerzos! grita Alatorre. Y ahora siguió una tregua ominosa, miéntras todos se preparaban para la lucha decisiva.

El corazon de Diaz latia entre la esperanza y el temor, porque él sabia de las dos columnas que se esperaban, y sin embargo no podia saber cual de ellas era esta. Se hallaba evidentemente estorbado por la artillería, pues era preciso arrastrarla por los caminos malos y esto se hacia con lentitud penosa. Penosa á la verdad! porque los minutos se convertian en horas en aquella ansiedad, pues la suerte de hombres y partidos—la de la nacion misma—dependia de aquella columna. El general habia despachado su ayudante para asegurarse de los hechos y transmitir instrucciones, siguiéndole con el anteojo con ansiedad nerviosa, al tiempo que la tropa en derredor suyo tenia la vista fija en su semblante para disipar la duda, tal vez para leer la suerte que les estaba deparada, porque ya se traslucía la sospecha de algun peligro oculto.

De pronto el general en jefe se vuelve diciendo con el rostro radiante de alegría, “amigos míos, la victoria es segura; ahí viene Gonzalez.” Y los ansiosos pechos respondieron con un viva medio comprimido y un suspiro que parecia darles un grande alivio. Poco despues de las 3 de aquella misma tarde estaban concluidos los preparativos para un ataque simultáneo, esta vez sobre los lerdistas. “Ahora compañeros, al triunfo y á los trofeos!” gritaron sus oficiales al llevar su gente adelante, radiantes de animacion y de confianza. Á la vez Gonzalez caía sobre el ala izquierda, cubierto por el fuego destructor de la artillería por su lado, y precedido de una viva descarga de fusilería.

Algo desanimados, por haberlos repelido un supuesto puñado de hombres, los soldados de Alatorre vieron las columnas que se lanzaban hácia ellos con una consternacion que aumentaba sus proporciones ocasionando una sensacion desmoralizadora en las filas. Siendo buena su posicion, las tropas de Alatorre recibieron el golpe con bastante firmeza, abriendo anchas brechas en las filas que avanzaban, y aun obligándolas á detenerse y á arrollarse ante la fuerza de sus ataques. Pero Gonzalez, aunque herido, se man-

tuvo firme y mandaba gente á sostener su ataque, reuniéndola para otra carga, á la vez que Diaz en persona traia la reserva. Su ojo perspicaz habia notado un punto débil, y ahora con la influencia animadora de su presencia y por su hábil direccion la marea cambió de curso. Las líneas contrarias quedaron rotas, y en un instante mas todo fué confusion y fuga, persecucion y matanza. Pronto el grueso del ejército de Lerdo se vió convertido en 3,000 prisioneros, estando sus bagajes y artillería tambien en poder de los vencedores. El resto de la fuerza lerdistista se habia desparramado en distintas direcciones, Alatorre á la cabeza de la caballería. Esta victoria brillante costó á los porfiristas 1,513 hombres, entre muertos y heridos; las bajas del ejército contrario se hacen subir á 2,700.



CAPÍTULO XXIII.

DIAZ COMO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

1876-1880.

MARCHA Á LA CAPITAL—RUMORES Y REFUERZOS—FUGA DE LERDO—OCUPACION DE PUEBLA Y LA CIUDAD DE MÉJICO—POSESION DEL PODER EJECUTIVO—TRES PRESIDENTES—ACTITUD DE IGLESIAS—SU PARTIDA Y SUBSECUENTE VUELTA Y RETIRO—INAUGURACION POR DIAZ DE MEDIDAS HÁBILES Y LIBERALES—POLÍTICA Y PROCEDIMIENTOS DE SU GOBIERNO—AUMENTO DE INGRESOS—ADELANTO DE LA EDUCACION Y DEL BIEN GENERAL—INMIGRACION Y MEJORAS—RELACIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS—MUERTE DE DOÑA DELFINA—DUELO DE UNA NACION—RETIRO DEL PRESIDENTE DIAZ.

La cuestion que ahora preocupó á los oficiales porfiristas fué lo que se debia hacer en seguida. Muchos opinaban por la marcha contra Puebla, por ser la plaza fuerte mas cercana y formidable á la vez que el depósito militar del gobierno. Otros rechazaban el proyecto como empresa llena de peligros, recomendando la retirada á las fronteras mas resguardadas y amigables de Veracruz, á buscar allí parque para el armamento Remington de los 3,000 prisioneros incorporados, ó cambiarlo por algo que les fuera mas útil. Diaz cortó la discusion declarando con su prontitud característica que era conveniente aprovechar las ventajas adquiridas marchando directamente sobre la capital, como el asiento de la autoridad directiva, y esto ántes de que el enemigo tuviese tiempo para volver en sí y prepararse para la defensa. Este último no podia saber que la mitad de las armas de fuego eran inútiles, con tal que las demás se empleasen con buen efecto, suplementándolas con el imponente aparato del número.